

La prolongada tarde del verano de polichinela

Pulcinella

Si he de recoger del capazo de la memoria algún retal de mi infancia, de esos que se guardan muy al fondo de las telas que se apilan año a año, algunas reluctantes a sucumbir a la polilla del tiempo, sostendría entre las manos el recuerdo de las tardes de verano en un pueblo del levante español; por el trazado errático de sus callejuelas, imbricadas como un ovillo resuelto en una plaza donde todo desembocaba y reiniciaba, en un bucle palpitante de vida sencilla y almas complejas; por la luz del ocaso, que lo bañaba todo en una suerte de miel etérea que se hacía densa a medida que llegaba la noche y se avivaba el coro de grillos y risa en los portales; por ser el pueblo de mis abuelos.

La abuela Alfonsina nació en Calabria, y tenía unos grandes ojos verdes tachonados de vetas profundas como una hondonada, donde quedaban atrapadas todas las miradas con las que se cruzaban. El abuelo Donato era veneciano y su voz era grave y al mismo tiempo reconfortante; él decía, tras apurar de un trago un vasito de licor casero, que de pequeño el salitre de los canales le conformó la garganta y acababa por entonar una letanía que había aprendido de su padre. Toda su familia provenía del circo. Aún hoy, el nombre de los *Vitale* es pronunciado con respeto y un cierto deje de veneración bajo las últimas carpas de los circos italianos y, añadiría el abuelo Donato con afectación y orgullo, incluso, más lejos por hombres y mujeres en lenguas distintas. Virtuosos de la *Commedia dell'Arte*, su linaje se abría paso a través de la historia hasta los primeros tablados de la Plaza de San Marcos, hasta la primera máscara que conformó a *Pulcinella*.

Juntos, formando parte de un organismo mayor cuyas células se repartían entre trapevistas, payasos, forzudos y fieras exóticas, Alfonsina y Donato recorrieron el viejo continente en su totalidad, gran parte de las ciudades rusas donde titilaba el boato en las cúpulas de las antiguas catedrales ortodoxas y llegaron a cruzar el océano en dos ocasiones para maravillar a los neoyorkinos con el apreciado arte de los *Vitale*.

Al cabo de unos años, de un modo singular, quizá el mismo que llevó a Donato a perderse en los ojos de Alfonsina y a ella a querer escuchar para siempre el cántico de él, modulado por el rumor marino que emergía de su tráquea, se enamoraron de los atardeceres de un

pueblo español y arraigaron en su tierra. Una semilla extranjera que halla acomodo alejada del tallo que la alumbró.

El abuelo mudó el apellido *Vitale* por el de *Vidal*, más común en el mediterráneo español, porque, se advirtió a sí mismo con rigor, si alguien de su estirpe daba la espalda al circo también renunciaba al privilegio de ostentar la nombradía de su casa. Un precio caro que, con todo, pagó feliz al contemplar a Alfonsina acunar a mi madre mientras caía la tarde; la prolongada tarde ambarina que a su vez los arrullaba a todos y los envolvía de felicidad.

Encontró trabajo como salinero, porque así debía ser, pensaba para sí, porque las lagunas que pueblan el levante despiertan una espuma blanca de sal como los amados canales de su patria. Nunca dejó de cantar ni de recitar. Tampoco olvidó que en el interior de un baúl, en un cobertizo esquinado de un patio imbuido del aroma sutil del galán de noche, descansaba con solemnidad la máscara de un artista del circo.